

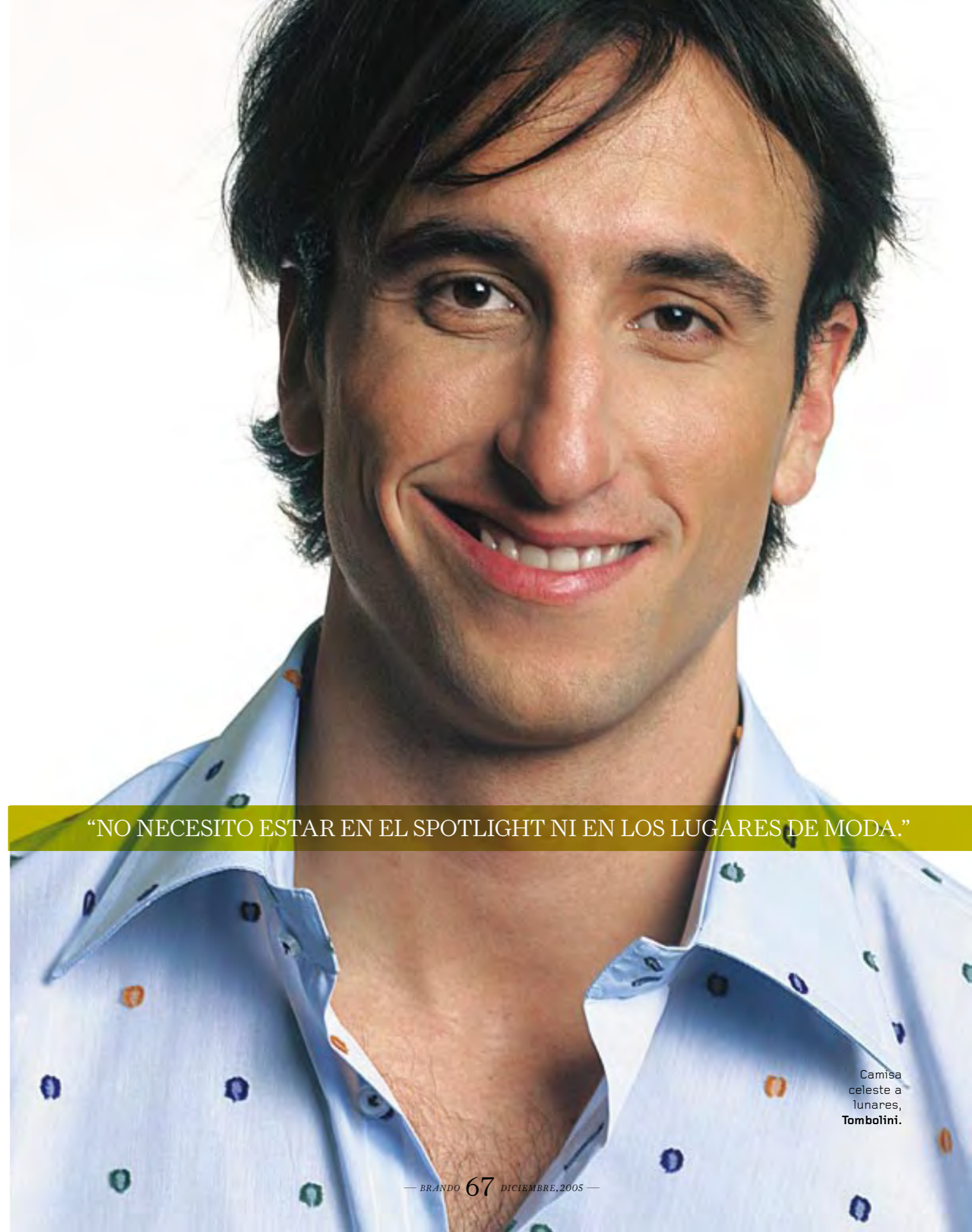


Hombre del Año

Manu Ginóbili

Durante cinco días, entre Sacramento y San Francisco, junto a una de sus máximas estrellas, ingresamos en la intimidad del circo de la NBA.

POR HERNAN IGLESIAS ILLA >>> FOTOS DE FERNANDO GUTIERREZ >>> STYLING DE MARCELA FRYDMAN



“NO NECESITO ESTAR EN EL SPOTLIGHT NI EN LOS LUGARES DE MODA.”

Camisa celeste a lunares, Tombolini.

Pantalón color arena,
Polo Ralph Lauren.
Camisa con bordados
rojo y azul, **Tombolini.**
Cinturón de cuero,
Dolce & Gabbana
para **Mondo Difficile.**
Reloj, **Tommy Hilfiger.**



“LA NBA ESTÁ VOLVIENDO A ENFOCARSE EN EL JUEGO GRUPAL.”

*** TARDE INMOVIL DE DOMINGO EN** Sacramento, capital de California. En el lobby del Hyatt local, el murmullo de los empleados aguarda a los San Antonio Spurs, cuyo jet privado, según nos avisan por teléfono, ya aterrizó en el aeropuerto. Afuera, un otoño benigno y dorado engaña al visitante, que ve postales en cada esquina pero ningún restaurante abierto: naturaleza muerta. Llega el ómnibus, y un grupo semidormido de hombres de gran escala entra sin entusiasmo. Tim Duncan camina despacio, un poco ajeno a todo, quizá contagiado por la melancolía de la tarde de domingo. Fabricio Oberto aprieta a su mujer contra su axila derecha. Bruce Bowen habla en castellano con su mujer cubana y con su hijo de un año. Manu Ginóbili –chomba negra hasta los muslos, khakis grises– entra último, algo más excitado que los demás.

–Dame un minuto que subo al cuarto y bajo –se excusa.

Manu va hasta una palangana de metal con hielo y bebidas, de la que saca una Gatorade rosada. A su lado, un *homeless* joven y bajito agarra, del mismo lugar, botellas y paquetes al azar y encara hacia la calle. Manu, divertido, no puede creer el descaro del pequeño saqueador. Dos de los empleados de los Spurs comparten la broma, pero no dicen nada, y dejan ir al barbudo de ojos celestes, que pasa a mi lado evaluando su botín de bebidas energéticas y barras de cereales.

Cinco minutos más tarde, Ginóbili baja del ascensor al trote: “Vení por acá, que vamos a estar más tranquilos”, me dice. Caminamos hasta el restaurante del hotel, que está cerrado y en sombras. Manu se desparrama sobre uno de los bancos de cuerina, yo me siento en una silla, a un metro de distancia. La penumbra apenas me deja verlo. Juega con una pelusa de su suéter y no parece sobrereactuar nada. “La gente en Argentina me ve como un pibe normal, como el hijo de cualquier familia”, dirá dentro de un rato. Durante tres días en California, veré a Manu en entrenamientos, en hoteles y en la cancha, contra los Sacramento Kings y los Golden State Warriors, e intentaré descifrar cuánta distancia hay entre el Ginóbili privado, el que se describe a sí mismo como un “pibe normal” al que no le gustan los lujos ni se desvela por las tentaciones de la fama, y el Ginóbili público, la superestrella que gana ocho millones de dólares por año y es una de las figuras principales del mejor equipo de la mejor liga del mundo. No hay mucha distancia, me daré cuenta en estos días: Manu es

un millonario que no compra autos, ni ropa, ni relojes; apenas reconoce su debilidad por las computadoras, un vicio financieramente inofensivo. Lo que sí hay es desenfoque: el resto de los mortales vemos en Manu, como en muchos otros ídolos deportivos, sólo lo que queremos ver.

Una lesión en el muslo y otra en el tobillo han enturbiado las estadísticas de Ginóbili en los primeros diez partidos de la temporada de la NBA. Todos sus números son inferiores a los del año pasado, cuando obtuvo el segundo anillo con los Spurs (una hazaña que no había conseguido ningún deportista latinoamericano), pero él ha preferido seguir jugando.

–¿Molesta tener estos números flojos, cuando hay mucha gente que no sabe que no has alcanzado la plenitud física?

–No, no. Si la gente no se da cuenta, no se da cuenta. Cuando uno lleva una cierta parte de su carrera, las estadísticas son para... No quiero decir para los giles, pero casi. El básquet es muy jodido con todo el tema de los porcentajes. Hay jugadores que, faltando dos segundos, no tiran desde su lado de la cancha porque saben que no la van a meter y que eso les perjudica el porcentaje. Y eso me enferma. Siempre estuve en contra de los que hacen números y con tal de tener dos puntos más de promedio hacen cualquier cosa. Así que no, ya no, estoy más allá, y creo que me he ganado ese respeto.

La respuesta de Ginóbili sintetiza su carácter, mezcla de amor y pasión por el juego y una altísima autoestima (que, gracias a los milagros del carisma, nadie, tampoco yo, encuentra irritante).

Manu está a punto de terminar un año no especialmente intenso en cuanto al calendario –por primera vez en muchos años tuvo el verano libre, sin torneos con el seleccionado de su país–, pero sí decisivo en la relación emocional que estableció con su país, Argentina. “Un caos, un quilombo total, sobre todo las tres primeras semanas”, relata sobre los dos meses y medio que pasó allí, casi siempre en Bahía Blanca, su ciudad natal. En esas primeras semanas frenéticas, el país se paró para adorarlo: los principales programas de televisión y también la Casa de Gobierno le tendieron alfombras rojas y lo atendieron como a un nuevo príncipe. Manu se las ingenia para recordar el episodio con una nota agríndice.

–No me siento nervioso ni mal estando ahí, pero es algo que, si pudiera, esquivaría. Yo prefiero estar en mi casa, con mi familia, mis

amigos, mi mujer. No necesito estar en el *spotlight* ni en los lugares de moda. No me siento yo. Pero bueno, a veces hay que hacerlo.

Si en algún momento hubo polémica sobre el lugar de Ginóbili en el Olimpo del deporte argentino, en julio de este año la discusión desapareció. La serie ha quedado fija en mármol: Fangio, Monzón, Vilas, Maradona, Ginóbili. Cinco nombres que, desde luego, están en la cima del deporte continental. Aun cuando Manu no pide perdón por ser incluido (“le doy mucho valor, porque, al revés de Fangio, Monzón y Vilas, que eran deportistas individuales, es mucho más difícil destacarse en un deporte de equipo”), su figura en ese panteón es la de un Ginóbili embellecido, incluso mejorado, distinto de la imagen que tiene él de sí mismo y de la que la NBA tiene de él.

Lo mismo le ocurre al público. Cree que Manu es Riquelme, y no es así. Manu, en todo caso, es Sorin. Los dos, el de los Spurs y el del Villarreal español, atacan y defienden, y les gusta ser reconocidos por ambas cosas; los dos creen en el triunfo colectivo de sus equipos, siempre y cuando sean ellos los mariscales de la garra y el esfuerzo; los dos creen en el coraje y en la competitividad como factores fundamentales para la victoria; y los dos inyectan en los partidos una turbulencia, una energía imprevisible que contagia y sacude a sus compañeros, casi siempre para bien.

*** LUNES A LA NOCHE EN EL ARCO ARENA** de Sacramento. Las 74 hectáreas de estacionamiento empiezan a llenarse de autos familiares y camionetas que, en sus asientos delanteros, transportan a los simpatizantes de los Kings, que pagan 4 mil dólares por año para obtener una platea. Sólo unas pocas entradas se venden para cada día, y hay tres años de espera para las butacas anuales. Esta mañana, durante el entrenamiento, me senté en un rincón del estadio vacío, escuchando sólo el rumor de las pelotas bajando por la red y el chirrido de las zapatillas contra el suelo: la carpa del circo, antes del circo. Cuando terminó la práctica, que no fue más que un rato con tiros al aro y empujones casi adolescentes entre los miembros del equipo, le pregunté a Manu si hay alguna relación entre cuánto acierta a la mañana y cómo le va después, a la noche, durante el juego.

–Poca. Te das cuenta recién en las dos primeras pelotas que tirás en el partido.

Algunas horas más tarde, Ginóbili errará esas dos primeras pelotas. Después le costará



casi dos horas recuperarse. Pero todavía faltan unos treinta minutos para que comience el partido. Manu firma autógrafos a un costado de la cancha. Dos fans -Esperanza (19) y Estefanía (24), argentinas en intercambio estudiantil- están excitadas, con la cara pintada de celeste y blanco, y gritan: “¡Maanuuu! ¡Acáaaaa!”.

Manu firma en esa incomprendible posición para tomar la lapicera que tienen algunos zurdos, con el cuerpo enroscado alrededor del rotulador y el codo izquierdo casi rozando las caras de las chicas. Tan excitadas están Esperanza y Estefanía que quieren aprovechar al máximo la experiencia, a la espera de cualquier detalle irrelevante que compense los 90 dólares de la entrada. Es entonces cuando se sacan una foto conmigo. Sonríe. Click.

Un tipo de apariencia muy normal, vestido con mal gusto, canta el himno nacional a capella, como en todos los partidos de la NBA. Cuando la voz del estadio anuncia la formación de los Spurs, los fans de Sacramento abuchean todos los nombres menos los de Ginóbili y Duncan. Caen del techo los globos en forma de chorizo que, durante el partido, los fanáticos locales sacudirán para distraer a los lanzadores de los tiros libres de San Antonio. (Según un estudio reciente, para que el truco funcione deberían moverse todos para un lado y luego para el otro). En la curiosa guía de pronunciación que trae el folleto de los Spurs dice: MAN-u gi-NOB-lee. La sílabas en mayúsculas son las que hay que acentuar.

En el primer minuto de juego, Tony Parker emboca dos de dos y enciende a los Spurs hasta ponerlos en una ventaja inicial de 10-2. No son buenas noticias para Manu: casi nunca los dos juegan muy bien al mismo tiempo. Parker se desliza por los partidos como si no le importaran: nunca hace un gesto, y apenas se ríe. Dos días después, en el gimnasio de la Universidad de San Francisco, se acercará a los periodistas de la televisión francesa comiendo chicle y diciendo a todo que sí, negándose a nada, pero siempre pareciendo estar en otro lado, ausente. Así juega, también.

Manu cierra el primer cuarto sin puntos tras dos intentos, pero con tres asistencias. La música, mientras tanto, retumba casi sin parar: es un estruendo en los tiempos muertos y algo más suave cuando la bola está en juego. Suena una variación de “We Will Rock You” cuando San Antonio tiene la pelota, y

los hinchas locales gritan “De-fense, de-fense”; y unos ritmos sincopados, más rápidos, la banda sonora de alguna escena de acción, cuanto atacan los Kings (con dos variantes: una jazzeadada, como si la película fuera *La gran estafa*, y otra potente, con máquinas y distorsión, tipo *Misión: Imposible*). Después de cada *time out*, los espectadores vuelven de los pasillos con torres de nachos embebidos en salsa rojiverde, baldes de un litro de Diet Coke y cheeseburgers triples de US\$ 1,79.

Los Spurs navegan el partido con comodidad: son más equipo y juegan mejor que los Kings, que además tienen lesionada a su máxima estrella, el serbio Peja Stojakovic. En un momento del segundo cuarto, sin embargo, Sacramento consigue ponerse a dos de distancia. Es el momento en que Ginóbili estalla: dos veces encara hacia el aro y las dos veces la bola termina adentro; cuatro puntos consecutivos que devuelven el partido a su relato original. No están ni Duncan ni Parker en la cancha, y Manu parece sentirse cómodo cargándose el equipo al hombro.

Ginóbili siempre acelera hacia el aro apretando los dientes, sabiendo que va al choque, que la jugada se va a ensuciar y que va a tener que hacer un esfuerzo de obrero, más que de geómetra, para meter la pelota donde debe. No es una liebre a la que sus rivales no pueden seguirle la pista; más bien es una chivo: ágil, fibroso y testarudo. Ahí va: agacha la cabeza, toma la pelota con la mano izquierda, ensaya un dribbling ambicioso pero algo deshilachado; la jugada se entorpece, pero el obstinado Manu insiste y los rivales lo ven escurrirse entre la maraña de cuerpos.

San Antonio disfruta el partido como si fuera una siesta. Faltando diez minutos, gana por 17 puntos y los Kings no parecen tener ímpetu como para intentar nada. Hasta que los Spurs, adormilados por el aburrimiento, no ven venir el último embate de Sacramento, y empiezan a equivocarse. Manu, que lleva apenas siete puntos, convierte su explosión en caos: pierde tres pelotas seguidas. Está enfurecido. Faltando 3' 16" para el final, los Kings, con algo de suerte y contra todo pronóstico, se ponen a cuatro de distancia.

El público se despierta, un poco porque el marcador está más apretado y otro tanto porque la música atruena con “Enter Sandman” de Metallica y “Welcome to the Jungle” de Guns n' Roses. Para los Spurs, un día cualquiera en la oficina se transforma de golpe en griterío ensordecedor. Deben esforzarse al

máximo. Pero están fríos, eligen mal los tiros y el Arco Arena, hasta hace un minuto un freezer, vuelve a ser una caldera.

Es ahora cuando Manu toma el timón. “Y ahora es cuando importa”, me dice en inglés Angel Escobar, el periodista de ESPN Radio que está a mi lado. Con 2' 50" en el reloj, Manu dibuja una medialuna hacia el aro. Hay empujones, suena el silbato del árbitro, la bola sale hacia el aire y se desliza en la red: doble y falta. Manu embocará para cerrar en doce sus puntos de la noche. En la jugada siguiente, otra penetración y una asistencia a Bruce Bowen, que tira y encesta un triple.

El motor de la resistencia de Sacramento es el base Mike Bibby, un blanquito con cara de malo y tatuajes en los bíceps, que emboca tres triples seguidos y mantiene el partido colgando de un hilo. Con treinta segundos para el final, los Spurs quieren dormir la pelota, pero fallan. Los Kings salen corriendo y Bibby, desde el aire, tropezándose un metro detrás de la línea de tres, hace el último intento. Si acierta, van a tiempo suplementario. La bola viborea, sale alta, fea; rebota en un costado del aro y huye hacia arriba. Todo pasa rápido, el público no tiene ni tiempo de contener la respiración. La pelota cae del lado de afuera; suena la chicharra. Los Spurs se han salvado y Sacramento cae con dignidad (96-93). No hay dramas. La mascota de los Kings, un león, ya está otra vez dando volteretas por el parquet.

Diez minutos después, en la puerta del vestuario de San Antonio, Escobar le pregunta a Gregg Popovich, el técnico, si no le pareció que Manu se involucró poco en el partido.

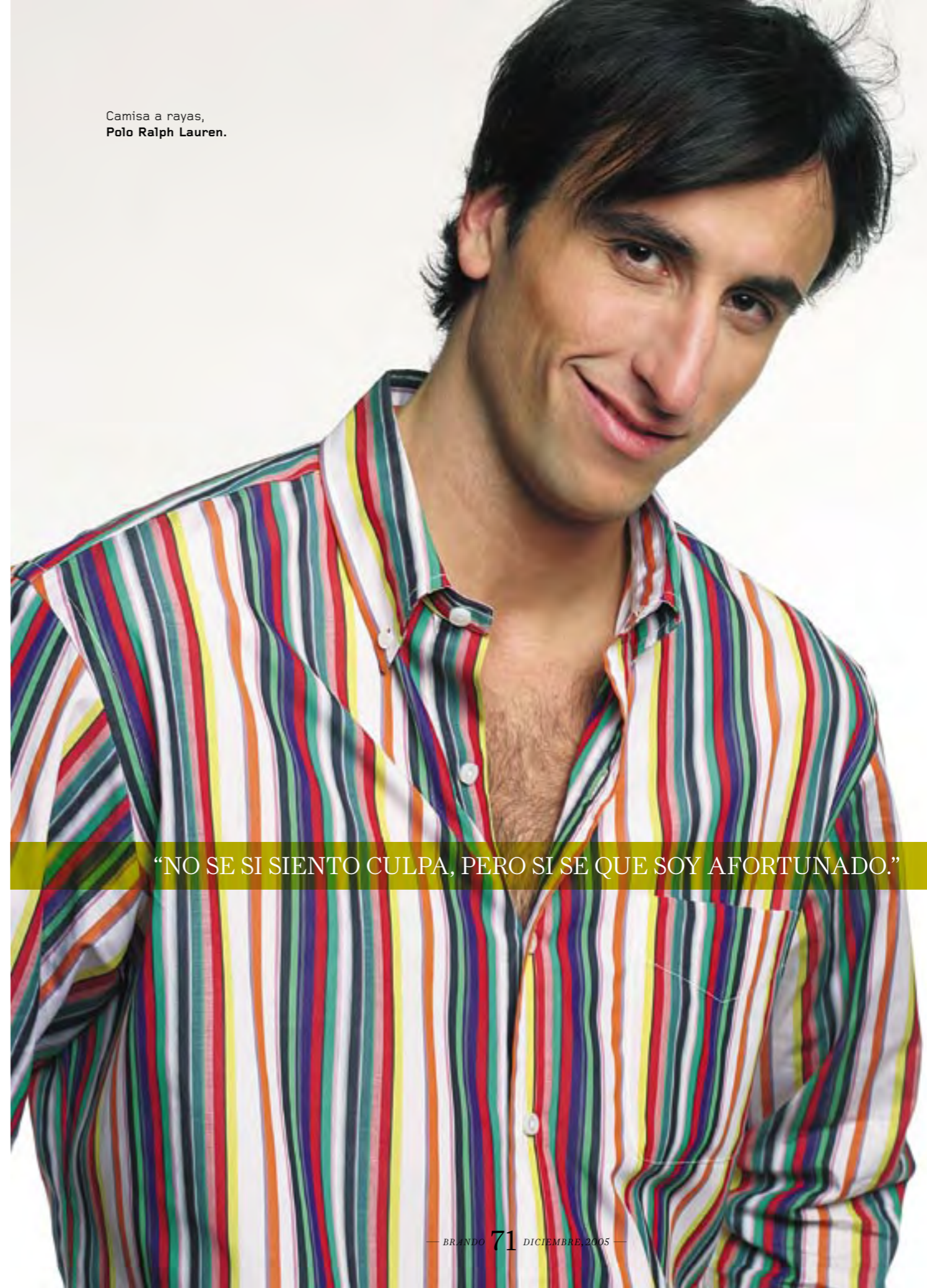
-No, no me pareció.

-Bueno, sus números no fueron muy buenos -trata de explicarse Escobar.

-Esa es la razón por la cual no eres entrenador y yo sí.

Angel está a punto de llorar cuando nos abren la puerta del vestuario. Ginóbili se viste de espaldas. A su lado, Michael Finley sale desnudo de la ducha y Nick van Exel se enfunda en un traje negro de Ermenegildo Zegna. Los periodistas buscan a Manu, que responde con la honestidad más o menos habitual de los deportistas en este país. Está molesto por el bajón del equipo en la segunda parte: “Tomamos demasiados tiros incómodos, perdimos muchas pelotas. Al menos ganamos”, dice en un inglés con acento pero convincente. Y agrega: “We stopped playing D”, que sería algo así como “dejamos de defender”. Cuando se queda solo, le pregunto qué pasó.


Camisa a rayas,
Polo Ralph Lauren.



“NO SE SI SIENTO CULPA, PERO SI SE QUE SOY AFORTUNADO.”

—Nos pusimos a boludear, ésa es la verdad. No jugaba Stojakovic, ganábamos por quince... De repente dejamos de jugar...

En el cuarto contiguo, a los 2,10 m. de Duncan le queda chica la camilla donde le hacen masajes. No hay euforia por la victoria ni inquietud por el bajón final. En una temporada con 82 partidos, no todos son una final, como en el fútbol dramático; cada partido es uno más, un día en la vida.

 EN LA PENUMBRA DEL RESTAURANTE del Hyatt, el día anterior, Manu reconoce que ha madurado. Piensa mejor las respuestas, como si tuviera que ir a buscarlas a un lugar distinto de su cerebro. Está tratando de relacionar la medalla de oro que obtuvo Argentina en los Juegos de Atenas con los aires de cambio en la NBA, donde gracias a San Antonio, a Detroit y a Steve Nash, el base de Phoenix, elegido como el mejor jugador de la temporada pasada, vuelve a estar de moda el juego colectivo y no tanto las volcadas y la espectacularidad de la era post Jordan.

—Yo estoy acá desde 2002, y ya después del Mundial de ese año se hablaba muy bien de nosotros. Desde 2004, cada vez que se habla del equipo argentino se lo hace con un cierto respeto que me hace sentir orgulloso. Porque deportivamente somos la antítesis de la sociedad argentina: un equipo muy solidario, muy honesto, en el que a uno no le importa dejar de figurar para que el grupo se destaque. Esa es la base del deporte colectivo, ésa es la gran clave que descubre la gente que se enamora de nuestro juego. Y creo que todo esto tiene que ver con que la NBA está volviendo a enfocarse más en el juego grupal. Los mejores ejemplos son Detroit y San Antonio. Actualmente los dos equipos tienen los mejores números y por ahí son los menos *flashy*, los menos vistosos.

—Con 28 años y cuatro temporadas por delante con los Spurs, ¿cómo se vislumbra el futuro?

—Yo sería feliz si sigo hasta que



me retire en San Antonio. Sé que hay muy pocos jugadores de la NBA que empiezan en un lugar y terminan allí mismo. En San Antonio se dio con Robinson y es muy probable que pase con Duncan, pero ni siquiera sucedió con Karl Malone, Gary Payton o Shaquille... A mí me gustaría quedarme, pero dependerá de mi físico.

—¿Y después? ¿Bahía Blanca tiene el 99 por ciento de las chances?

—Sí, hoy por hoy, 80 o 90 por ciento. Nuestra idea, con mi mujer [Marianela, que acompaña a Manu en cuatro o cinco viajes por año], fue siempre vivir en Bahía. Tenemos muchas raíces: grupo familiar, amigos. Aunque hoy, quieras o no, mi casa está acá, en San Antonio. Porque vivo acá nueve meses y allá uno o uno y medio. Así que mi hogar es éste.

Compró la casa de San Antonio apenas llegó, hace tres años. “Me tenía fe, pero además me convenía económicamente”, explica, y compara su nuevo hogar con los desangelados departamentos de soltero que le daban los clubes italianos donde jugó. “A ninguno lo sentía mío. No compraba ni cubiertos ni muebles, venía todo puesto. No me pertenecían”.

—¿Cómo es la relación con el dinero? ¿Da culpa?

—Y sí, a veces sí. Cuando estoy acá no, porque tengo al lado a otro tipo que gana igual que yo. Es el mundo en el que vivo. Pero cuando llego a Argentina es distinto. Están las distancias con los amigos, un contador que la está peleando, otro que estudia abogacía y ni sabe si va a conseguir trabajo cuando se reciba. Y lo mismo pasa con la familia. No sé si siento culpa, pero sí sé que soy afortunado.

—¿Intereses políticos?

—De a poco me intereso en el tema. Uno crece y trata de informarse. Este año leí más, porque me sentía un ignorante total. Leí a [Felipe] Pigna, a [Jorge] Lanata. Y me mató [Noam] Chomsky. Empecé con Argentina porque me sentía mal cuando estaba en

GINOBILI POR DOS: EL ABRAZO TRIUNFAL CON TIM DUNCAN Y UNA VOLCADA EN LA QUE EXHIBE SU TEMPERAMENTO.


Italia, y mis compañeros de equipo me preguntaban por mi país y yo no tenía ni idea. Acá, de vez en cuando, hablamos, y me gusta intercambiar opiniones con la gente, y hablar aunque sea con un poquito de conocimiento de lo mío.

—¿Cuáles son los temas? ¿La guerra en Irak?

—Un poco, sí. Con Bruce Bowen, que se interesa mucho por la cuestión cubana, hablamos de todo. Y después con los masajistas siempre saco algún tema para debatir.

Quiero saber cuál es su posición frente a la invasión a Irak. Manu duda antes de responder. No quiere meterse en problemas con sus fans texanos.

—Y, a partir de lo que leo, hago mis comentarios y quiero saber la posición de ellos. Entonces conversamos y se sacan conclusiones. [Sonríe, cómplice.] Yo adoro a la gente del equipo, y creo que el sentimiento es mutuo. Pero les doy mi opinión, que a veces no es sólo mía, sino lo que piensa el mundo, y curiosamente ellos muchas veces no lo saben. Todo, siempre, muy pacíficamente, muy relajado.

 MIÉRCOLES POR LA MAÑANA, GIMNASIO de la Universidad de San Francisco.

Los Spurs practican tiros libres. Decenas de veces el mismo tiro, la misma coreografía en busca de la memoria muscular: funciona casi siempre, pero nunca es perfecto. Cada jugador tiene su propio swing: Duncan sube la pelota hasta tener los brazos rectos bien arriba y después tira sólo con las muñecas; Ginóbili se pone la pelota en la oreja izquierda y después empuja con todo el brazo, timoneando apenas con la mano derecha.

Hace calor dentro del gimnasio. Las pelotas repiquetean contra el parquet en secuencias aleatorias (¡pam, pam, rapapapám, pam, raparraparrápám!) que le dan un aire zumbón a la mañana. Me siento al lado de Johnny Ludden, del *San Antonio Express-News*, el único periodista que sigue a los Spurs durante toda la temporada. Viaja con ellos en el jet privado y se aloja en el mismo hotel. Lleva años haciéndolo. Y tiene una devoción especial por Ginóbili, de quien dice cosas como ésta: “Creo que Manu puede convertirse en el segundo spur más popular de la historia después de David Robinson. Es más accesible que Duncan y su estilo temerario de juego, sumado a su dominio del inglés, le dan una conexión especial con la población latina de San Antonio [el 66 por ciento de los habitantes de la ciu-

dad]”. Ludden estuvo en Argentina en julio, acompañando a Ginóbili en sus clínicas, y le impresionó no sólo su nivel de popularidad sino también que “se comportaba igual frente a las cámaras y detrás de ellas”. “Después de conocerlos a él y a Oberto, a veces quiero que los Spurs contraten a todos los demás jugadores del equipo olímpico argentino.”

Le pido que defina a Manu como jugador.

—Tiene dos cosas fundamentales: es un ganador y toma riesgos. Vive para ganar, y sus compañeros se alimentan de esa competitividad. Además, pocos jugadores tienen tan poco miedo como él. Sacrifica su cuerpo de una manera que a veces temo que pueda poner en peligro su carrera. Su mayor desafío ahora es mantenerse. Ya se consolidó como una estrella, la NBA lo incluye en sus acciones de marketing. Y la relación con San Antonio, con la ciudad, es increíble. Un fan hace poco me dijo: “Todos sabemos que Manu es mexicano. Argentina sólo lo tomó prestado”.

Ludden intenta una risita. Nos tenemos que ir porque viene Tom James, el jefe de prensa de los Spurs, que es muy parecido a Tim Robbins, y nos dice que esta parte del entrenamiento es privada. Más tarde charlo un rato con Popovich.

—En los últimos minutos de cada partido, confiamos tanto en Manu como en Tim Duncan. Es un jugador extraordinario —dice.

Esa noche llego al Oakland Coliseum, el moderno estadio de los Golden State Warriors, con mis valijas a cuestas. Por problemas de vuelos e itinerarios complicados, tendré que dejar el estadio durante el segundo cuarto. Bajo al vestuario para despedirme de Manu, pero no lo veo por ningún lado. “Está en el control antidoping, haciendo pis”, se ríe uno de los masajistas. El vestuario está semi-vacío. Cada locker tiene el nombre de uno de los jugadores y un banquito, sobre el que hay una pila de hojas. Frente al armario de Bowen, me inclino sobre los papeles, que no son otra cosa que las recomendaciones del cuerpo técnico acerca de los rivales. Me quedo leyendo, encantado por los detalles. Sobre Jason Richardson, el mejor jugador de Golden State, dice: “Atlético – Corredor – Atacará la canasta – Tirador rachero e inconsciente – Mal defensor – Encárenlo siempre”. Mientras leo y anoto, aparece Bruce Bowen desde el pasillo. Irritado, me arranca las hojas de un tirón.

—Ey, ¿qué carajo estás haciendo con mis notas? ¡Te vas ya mismo! ¡Ey, Tom [llama al jefe de prensa], este tipo estaba leyendo mis notas!

Me quedo quietito, sin saber qué decir: “I’m sorry”, es lo único que me sale. Me salva Manu, que aparece por una puerta del costado:

—¿Qué pasó?

Como nadie contesta, y la tensión ha descendido, me dice: “Vayamos para la cancha”. Está apurado.

—Estuve como veinte minutos tratando de hacer pis en el tarrito. No había caso.

Nos despedimos al borde del túnel de vestuarios. Manotazos de niños y no tan niños le rozan la cara, pidiéndole autógrafos.

—Después, después, a la salida —dice.

Subo al palco de prensa. Una banda en vivo está tocando “Bad Moon Rising”, de Creedence. El partido es un trámite: los Spurs sacan rápido una ventaja de 20 puntos y los Warriors, que hace diez años que no se clasifican para los playoffs, emiten señales de abatimiento. Popovich sienta a descansar a Manu, a Parker y a Duncan, y yo decido que, con el aeropuerto a 60 kilómetros, es hora de irme. De pronto registro que dejé la valija en la sala de prensa, que está en el lado sur, y el taxi que me llamaron me espera en el lado norte. La única manera de ir de un lado al otro, me informan los tipos de seguridad, es cruzando por la esquina misma de la cancha. Ahí voy: agachado, arrastrando una valija mediana con rueditas y la mochila de la laptop en el hombro, tratando de no molestar a nadie. Voy con los pies sobre el parquet, la línea de fondo medio metro a mi izquierda. Siento de golpe un tumulto cercano, un redoble de pies y el aullido agudo de las zapatillas frenando a mi espalda; aterrado, prefiero no mirar. Pego el mentón contra el pecho y acelero. Un segundo después veo el pantaloncito de Tim Duncan cruzando frente a mis ojos y oigo la bocina del estadio, que detiene el juego. Por un instante estoy convencido de que es por mí y que están esperando a que me vaya para seguir jugando. Me preparo para la catarata de insultos y salgo disparado, bordeando la base del aro, hacia el túnel norte. Me doy vuelta, entrebrazo los ojos, despacio. No ha pasado nada. Fue una falta sobre Duncan, que ya está en la línea de tiro, practicando su coreografía: los brazos rectos bien arriba, el leve movimiento de las muñecas. No hay nadie mirándome. Con el corazón aún galopando, y sintiéndome un poco pavo, me doy vuelta y salgo hacia la tibia noche de San Francisco. *



FOTOS: AFP